

# Capítulo 1

*Inglaterra medieval*  
*Primavera de 1153*

¿La deseas?

Sobresaltado, lord Peter giró la canosa cabeza hacia su anfitrión, sorprendido por la pregunta.

—¿Qué?

Theobald se limpió la nariz con el dorso de la mano en que sostenía su cuchillo.

—He dicho si la deseas. No paras de mirarla.

—¿Esa joven? —dijo lord Peter, cauteloso, desconfiado de su anfitrión, receloso de la hostilidad que veía reflejada en sus ojos—. Es muy bonita.

—¿Bonita? —bufó Theobald, con el cuchillo bien agarrado con una mano y levantando su copa con la otra—. Sí, mírala. Tiene la boca tan ancha, roja y tersa, y ese pelo negro, largo y suelto a la espalda, se ve magnífico en contraste con su piel. La peste se la lleve. Saura tiene el tipo de cuerpo al que cantan los poetas. Tiene unas piernas largas interminables, y un trasero muy bonito también. Una cinturita estrecha y esos...

Movió las dos manos como formando los contornos del cuer-

po de la chica, se derramó cerveza en el regazo y soltó una maldición.

Repelido por esa grosera manera de enumerar los encantos de la joven y por la idea del viejo gamberro manoseándola, lord Peter se disculpó secamente:

—Lo siento, no sabía que era tu concubina.

—¡Concubina! —exclamó Theobald, riendo despectivo, y lanzando una mirada de odio a la chica—. No la querría en mi cama, ni te la daría para la tuya. Es inservible, ¿no lo ves? Es ciega, más ciega que un topo con tres vendas en los ojos. Es la hija de mi primera mujer y Elwin de Roget, y ni siquiera puedo casarla. Es una piedra colgándome del cuello, ¡una inútil!

¿Inútil?, pensó lord Peter. Lo que le había atraído la atención era la manera como ella parecía dirigir el servicio de la comida desde su asiento. Toda la actividad en la sala grande giraba en torno a ella; los siervos le hablaban con respeto, se inclinaban ante ella y obedecían sus órdenes. Vio que la joven le decía algo en voz baja a su criada personal y ésta salió a toda prisa en dirección a la cocina; cuando volvió, la mujer le susurró algo al oído y Saura se levantó y pasó las piernas por encima del banco. La observó atentamente para ver si vacilaba o se tropezaba, pero no, caminaba con agilidad y garbo, y después de tocar ligeramente un lado de la puerta en arco que separaba la sala grande del resto, desapareció en una escalera.

—Me interesa su criada —dijo a Theobald, sin apartar la vista del lugar por donde había desaparecido Saura—. ¿Cómo se llama?

Theobald soltó una risotada.

—¿La criada de Saura? Eres un alma valiente. Podemos encontrarte algo mejor que la vieja Maud.

Lord Peter volvió a mirar a su anfitrión, esbozando una fría sonrisa.

—Prefiero mi comida bien sazónada.

—Sí, encubre el mal olor, ¿no?

Entonces Theobald miró sonriendo a su joven esposa, que estaba encogida a su lado, y lord Peter sintió lástima de la chica, que esa noche tendría que compartir la cama de su amo y señor.

—¿Maud? —dijo lord Peter saliendo del esconce y mirando atentamente a la mujer que le había traído su escudero. Sus trenzas veteadas con canas le colgaban a la espalda y en su cara redonda se veían arrugas que indicaban que era de edad madura; era una mujer alta. Recordando lo alta que se veía la criada al lado de la joven ciega, comprendió que había encontrado a la mujer que buscaba. Despidió a su escudero con un gesto—. ¿Eres Maud? ¿Eres la mujer que sirve a Saura de Roget?

Unos ojos azul vivo recorrieron su figura, buscando sus credenciales en el corte de sus ropas y el estado de su cuerpo.

—Soy Maud. Saura es mi señora. Serví a su madre y la serviré a ella hasta el último aliento que quede en mi cuerpo, y si ese imbécil de Theobald te la ha ofrecido...

—¡No! —rugió lord Peter, furioso por esa suposición—. No. Es tan joven que podría ser mi nieta.

Maud lo miró interrogante, sorprendida por su vehemencia, y lord Peter se lo explicó haciendo un tímido encogimiento de hombros:

—Mi señora esposa me rebanaría la molleja en un plato.

—Buena mujer —dijo Maud—. Ven conmigo. Llamamos demasiado la atención aquí en este ventoso corredor. ¿Por qué deseas ver a mi señora?

Lord Peter echó a andar a su lado.

—Quiero hablar con ella.

—¿Para qué?

—Eso es un asunto entre ella y yo. —Al ver que Maud seguía mirándolo dudosa, continuó—: Creo que no puedo hacerle daño

estando tú montando guardia, ¿o es tan tímida que necesita un escudo?

—¿Tímida? Buen Dios, no, lady Saura no. Tiene el corazón de una leona.

—Estupendo. No me serviría de nada si no fuera fiera. Parece que lleva el gobierno de la casa.

Maud continuó caminando a su lado, mirando al frente.

—Ah, sí, eso parece.

A eso no siguió ningún comentario, así que él insistió:

—Bueno, ¿lo lleva?

—Como sabes, lord Theobald se ha casado con la joven lady Blanche, y ella es la señora del castillo.

Lord Peter la miró atentamente, sorprendido por esa cautelosa respuesta.

—¡Lady Blanche no me importa un comino! No soy pariente de lady Blanche. Sólo me interesa Saura de Roget. Bueno, ¿ella lleva esta casa?

Maud se detuvo ante una puerta y miró su cara sincera, exasperada. Empujando la puerta con una mano, sugirió:

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Lord Peter entró en la habitación y una mirada le bastó para ver cuánto valoraba a Saura su familia. En la pequeña habitación sólo había espacio para un jergón de paja y un pequeño arcón francés hecho de madera y hierro. De todos modos ardía un fuego en el hogar y no salía humo, señal de un humero limpio.

Sentada en la única silla, Saura estaba envuelta hasta el mentón en una manta de lana basta. Tenía apoyados los pies en un escabel para protegerlos del frío suelo. Tenía la cabeza cubierta hasta las orejas por una cofia de lino fino, atada bajo el mentón; pero la cofia estaba muy raída y ya no se veía blanca, y era casi demasiado pequeña para su cabeza, como si la tuviera desde que era niña y nunca la hubiera reemplazado.

¡Su cara! Buen Dios, lo que desde la distancia parecía un admirable retrato de la Virgen era en realidad la obra de un pintor más profano. Era hermosa de una manera terrenal; hermosa de la manera que hace a los hombres desear complacerse con ella. Su piel blanca resplandecía, limpia, sin ninguna picada de viruelas, las mejillas levantadas por exóticos pómulos que hablaban de antepasados normandos. Se le movió la nariz larga y recta indicando que había sentido su olor. Tenía los labios agrietados por el frío, como los tenía él, como los tenía todo el mundo, pero los de ella se levantaban hacia arriba en las comisuras, formando una boca ancha, atractiva. Sus largas pestañas negras, que parecían sombrear sus mejillas, eran un marco para sus grandes ojos color violeta que se volvieron hacia él interrogantes.

No era de extrañar que Theobald gruñera al hablar de ella, no era de extrañar que la mirara con avidez y odio. Esa chica vivía bajo su dominio, pero alejada de su contacto, y para cualquier hombre sería imposible no desearla. Mientras algún hombre no la marcara como su posesión, Saura sería una manzana de la discordia en cualquier casa.

Ojalá William... Interrumpió el pensamiento exhalando un fuerte suspiro.

—¿Has visto bastante? —le preguntó la mujer que estaba a su lado, con austero énfasis.

Sorprendido, comprendió que las dos mujeres habían estado calladas, esperando a que él terminara su evaluación.

—¿Siempre tenéis tanta paciencia? —preguntó, sonriendo a Maud y avanzando para sentarse en el arcón.

Saura lo detuvo con un gesto.

—Un momento —ordenó y, metiendo la mano en una ancha bolsa que estaba en el suelo a su lado, sacó un cojín con perfume a claveles. Pasándole el cojín, explicó—: La inclinación de la tapa hace incómodo el arcón para sentarse.

—Gracias, milady —dijo él, poniendo el cojín sobre el arcón y sentándose, sorprendido de lo bien que supo ella el lugar donde estaba él.

—Te he traído a lord Peter, señor de Burke, milady. Desea hablar contigo.

—¡Lord Peter! —exclamó Saura, levantándose, conocedora de su riqueza y prestigio—. ¿Por qué no me lo dijiste inmediatamente, Maud? Ocupará mi silla.

Poniéndole una mano en el hombro, lord Peter la instó a volver a sentarse.

—Estoy muy cómodo, os lo aseguro, y soy más capaz de soportar el frío que una personita tan bella.

—Es un hombre corpulento —añadió Maud, irónica—. Y seguro que ha conocido condiciones peores.

—Maud, eres incorregible —la regañó Saura.

Pero él manifestó su acuerdo.

—He conocido condiciones peores, justamente hoy, con la nevada que me impulsó a solicitar la hospitalidad del castillo Pertrade. Os aseguro, lady Saura, que estoy seco y bien vestido, y, como ha dicho vuestra doncella, soy un hombre corpulento y fuerte.

Diciendo eso sonrió a Maud con tanta simpatía que ésta retrocedió un paso, sorprendida.

—¿Cómo puedo honraros, entonces, milord? —preguntó Saura, arrebuñándose nuevamente en la manta.

—Necesito información. Vos podéis ayudarme.

Su voz reveló inquietud y perturbación, y puesto que no dijo nada más, ella lo alentó:

—Con mucho gusto os daré toda la información que tenga, milord.

—Me parece que sois... —se interrumpió, sin saber cómo seguir. Miró a Maud y vio la diversión que iluminaba los ojos de la mujer,

esperando—. Me pareció que dirigíais el servicio de la comida desde vuestro puesto en la cabecera de la mesa. ¿Lo dirigíais?

Un leve gesto de pena pasó fugaz por la cara de Saura.

—Como sabéis, mi padastro se ha casado con lady Blanche y ella...

—¡No! —interrumpió lord Peter, bruscamente, por la impaciencia—. No lo entendéis. No me importa si lady Blanche no mueve un dedo. Sois vos quien me interesa. ¡Vos! ¿Sois ciega?

Saura levantó una mano y se puso un dedo detrás de la oreja, como si no pudiera creer la pregunta. Él se pasó la mano por su ralo pelo.

—No fue mi intención preguntar eso. En realidad, vine aquí con la esperanza de un encuentro con vos, porque Raymond de Avraché recordaba haber oído historias de vos. Sé que sois ciega, pero os manejaís tan bien que casi parece mentira.

—No dirías eso si hubieras visto las veces que ha tropezado con un banco y chocado con una puerta —dijo la doncella, con la voz sin inflexión.

—O las veces que Maud le ha dado una paliza a un pobre idiota por dejar fuera su banco —añadió Saura, riendo con risa cristalina.

—¿Habéis sido ciega toda vuestra vida? —preguntó lord Peter, en tono vehemente, por el interés.

Ella lo obsequió con su pausada sonrisa y contestó:

—No todavía.

Lord Peter movió la cabeza mirando hacia todos lados; comprendiendo la ironía de la respuesta, suspiró.

—Lleváis muy bien la falta de visión. —Casi desesperado, añadió—: Y qué joven sois. Camináis con garbo y soltura, coméis sola, os vestís pulcramente. ¿Lleváis el gobierno de esta casa? —Vio que Maud asentía—. ¿Vuestra criada os lo hace todo?

La mujer lo miró enfurruñada, pero por la cara de Saura pasó una fugaz sonrisa complacida.

—No, lord Peter. Maud es mi fuerte mano derecha y mis ojos, pero soy autosuficiente. Mi madre me enseñó a cuidar de mí, de mis criados, de mi familia y de mi casa.

—¿Cómo?

—¿Milord?

—¿Cómo os enseñó esas cosas? ¿Era ciega también? ¿Habló con alguien, aprendió de alguien? ¿Cómo sabía qué hacer?

Le tembló la voz, preñada de angustia. Perturbada, Saura captó su problema, pero no logró discernir la causa.

—Mi madre era una dama ingeniosa, astuta, y si alguna vez se preocupó por mí, yo no lo supe. Hacía las cosas que me ordenaba porque nunca supe que no podía hacerlas, y si me hubiera entregado a la desesperación, ella me la habría quitado con castigo.

—¿Cómo se castiga a una persona ciega? ¿Dándole golpes que no ve venir y no puede esquivar? —preguntó él, con palpable amargura.

—No es de mí de quien habláis, señor. ¿Tenéis un ser querido que ha perdido la vista?

—Un ser querido, sí, muy querido. Mi hijo, mi único hijo, el hombre más fuerte y robusto que ha caminado por esta tierra, ahora no puede caminar sin tropezar y maldecir, caerse y chocar con algo. —Bajó la cabeza y se cubrió la cara con las dos manos—. Necesita ayuda, milady, ayuda, y yo no conozco ninguna manera de ayudarlo.

El silencio invadió la habitación; sólo se oía el crepitar del fuego en el hogar mientras el valiente guerrero combatía sus emociones para dominarlas. Saura le puso una mano en el codo, y cuando él levantó la cabeza, le pasó una copa llena de sidra, caliente por haber estado cerca del fuego. Maud estaba a su lado, sonriendo alentadora, y ella lo invitó:

—Contádmelo.

—Desde que Esteban de Blois usurpó el trono de la reina

Matilda,\* no ha habido otra cosa que problemas. Nada aparte de problemas. —Se friccionó el vientre, recordando—. William y yo estamos equilibrados sobre el filo de una espada, tratando de cumplir nuestros juramentos, conservar nuestras propiedades y mantener nuestro honor. Vivimos sofocando alguna rebelión de un aparcerero o discutiendo con alguno de los barones que cree que posee un acre de tierra que no posee.

—¿Vuestro hijo tiene que ir a combatir en alguna de esas interminables guerras reales?

—No, no. Matilda se ha retirado a Ruán. ¿Para qué va a combatir a Esteban cuando sus barones están haciendo tan buen trabajo en destruir Inglaterra con esas interminables y mezquinas guerras intestinas? —preguntó amargamente—. Está al otro lado del Canal, observando y esperando. Su venganza se acerca. Ha preparado a su hijo para la lucha.

—Él ya intentó tomar Inglaterra —observó Saura.

Él la miró sorprendido.

—¿Estáis al tanto de las locuras de nuestros soberanos, pues?

Ella bajó la cabeza, como corresponde a una doncella modesta, pero su voz sonó firme:

—Poseo tierras que soportan la marcha de los ejércitos. Con mi

\* Matilda (1102-1167) era hija de Enrique I de Inglaterra y Edith Matilda (hija de Malcolm III de Escocia), casada con Geoffrey IV de Anjou y madre de Enrique de Plantagenet. Enrique I la nombró su heredera, pero a su muerte (1135) llegó el primo de ella, Esteban de Blois (1097-1154), a exigir el trono. Los nobles, que no deseaban ser gobernados por una mujer, lo aceptaron. Matilda intentó recuperar el trono, ayudada por el rey de Escocia y su hermanastro Robert, conde de Gloucester, hijo ilegítimo de Enrique I. Esteban deseaba que su heredero fuera su hijo mayor Eustace, pero éste murió, así que finalmente aceptó al hijo de Matilda como heredero, que a su muerte lo sucedió como Enrique II. Es la norma traducir los nombres de reyes y reinas, actuales y futuros, no así los nombres de los demás personajes. (*N. de la T.*)

débil mente femenina trato de entender lo que puedo, pero aquí estamos en el fin del mundo. Me entero de muy poco y de eso con dos años de retraso.

Lord Peter comprendió que en ese descargo se ocultaba un gran interés, así que explicó:

— Enrique sólo tenía catorce años esa vez, pero dicen que ha madurado y se ha convertido en un poderoso líder. Ha causado muchísimos problemas a Esteban desde sus tierras en Normandía, y hay quienes dicen que ya desembarcó en Inglaterra con un ejército. — Observándola atentamente, añadió—: Se le concedió el ducado de Normadía después de haber sido armado caballero por el rey de Escocia.

Fue recompensado por la forma como a ella se le iluminó la cara.

— El rey de Escocia es su tío, ¿verdad?

Recordando su modestia, volvió a bajar la cabeza y juntó las manos en la falda, pero él ya no se dejaba engañar. Ésa era una mente inteligente e inquisitiva, que languidecía en la ignorancia. Él nunca había sido un hombre que permitiera que una mente como ésa se desperdiciara en un hombre, y por su esposa sabía lo peligroso que es ignorar esa valiosa ventaja en una mujer.

— Sí, es tío de Enrique. Enrique está emparentado con todos los grandes señores y reyes de Europa, creo. De su madre recibió el ducado de Normadía, y de su padre las provincias de Maine y Anjou. Ante Dios, el chico ha heredado muchísimas tierras, muchísimas responsabilidades, y aun así desea el puesto de rey de toda Inglaterra.

— El rey Esteban no va a ceder su trono a petición de Enrique.

— No, pero estos años de lucha han envejecido a Esteban. No puede vivir eternamente — añadió, más esperanzado que convencido.

— ¿Qué le va a ocurrir a nuestra pobre Inglaterra? — preguntó ella.

—No lo sé —suspiró él—. No lo sé. Diecinueve años atrás, todo parecía claro. La reina Matilda era la única hija viva que le quedaba al buen rey Enrique, y él hizo jurar a los barones que respaldarían su derecho al trono. Pero es mujer, y una mujer altiva, altanera, además.

—Una dosis de altanería muy amarga para que la traguen los hombres —comentó Saura con humor.

—Demostráis tener una perspicacia formidable —dijo él, también con humor, para reconocer el de ella—. Cuando murió Enrique, el abuelo del actual Enrique, Esteban reclamó el trono en Londres, e Inglaterra lo aclamó. Parecía ser la solución perfecta. Es nieto de Guillermo el Conquistador, tal como Matilda. Era encantador, generoso y valiente. Los barones pensaron que Esteban traería prosperidad. Pronto descubrimos que ese encanto, generosidad y valentía son malos sustitutos de la inescrupulosa severidad y dureza que necesita tener un monarca.

—No recuerdo ningún periodo de prosperidad —dijo Saura—. Nací el año en que murió el buen rey Enrique.

—Sí, toda una generación de niños se ha criado en medio de conflictos. No ha habido ley ni orden, y los poderosos aterrorizan a quienes deberían proteger. El recuerdo de estos últimos años me hiela la sangre.

—Comprendo. Mis tierras, las tierras que me dejó mi padre, se las están comiendo lentamente los «amables vecinos» que tratan de cuidar de ellas.

—¿Lord Theobald no lucha?

Saura curvó la boca en un gesto despectivo, tanto más eficaz porque era natural, no visto por ella en ningún ser humano.

—Hace demasiado frío para que lord Theobald salga.

—Comprendo.

—Perdonad mi interrupción. Mi avidez de noticias me disuelve los modales y mi sincero interés en la historia de vuestro hijo.

—No pidáis perdón. Vuestro interés por el bienestar del país me ha dado un momento para serenarme. De todos modos, no puedo hablar de William, veréis, sin sentir dolor en mi corazón. Me enfurece muchísimo, porque fue herido por nada. ¡Por nada! —Movi6 la cabeza hacia atr6s y hacia delante, tratando de aflojar la tensi6n que le anudaba el cuello. —Tuvimos una batalla con un vecino, apenas una escaramuza. Una lucha de lo menos importante.

—¿Vuestro hijo fue herido?

—Buen Dios, s6. Lo golpearon en la nuca. Su yelmo qued6 aplastado y la capucha de malla le dej6 marcas ensangrentadas en el cuello. Tuvimos que cortarla para liberarle la cabeza. Ese golpe habr6 matado a un hombre inferior, pero no a mi Will. Durante dos d6as yaci6 inm6vil como una piedra, y Kimball y yo est6bamos asustados. —Encogi6 los hombros, inc6modo con la no acostumbrada sensaci6n de miedo, inc6modo con la vol6til emoci6n del amor—. Bueno, es el 6nico hijo que me queda vivo, y es el padre de Kimball. Y ah6 estaba tendido, p6lido e inm6vil, apenas respirando, como un enorme roble talado. Pero despert6. Despert6 rugiendo, pidiendo el desayuno y exigiendo que encendi6ramos las malditas antorchas. Y estaba encendido el fuego del hogar y la luz del sol entraba por las saeteras de las paredes.

Saura inclin6 la cabeza, sumida en sus pensamientos.

—¿Cu6nto tiempo hace?

—Dos meses.

—¿Est6 sano, milord?

—Sano como un caballo. Bueno, tiene dolor en la cabeza. Pero ¿de qu6 le sirve la salud? Ya es demasiado mayor para adaptarse con dignidad. Ya tiene casi veintisiete a6os. Recibi6 el espaldarazo a los quince, armado caballero por valent6a en el campo de batalla. Ha supervisado la administraci6n de las tierras de su madre todos estos malditos a6os negros desde la muerte del rey Enrique. Es un hombre corpulento, pardiez, tiene las piernas como troncos de 6rbol y

los hombros a reventar de músculos. Es un luchador y un hombre de acción, pero ahora no quiere salir de casa, lo avergüenza que la gente lo vea, y teme hacer el ridículo. No quiere hacer nada dentro.

Saura entendía eso, se le encogieron las entrañas al recordar los momentos en que se sentía ridícula, tonta, momentos en los que sentía las despreocupadas risas ante su sufrimiento.

—¿Porque teme hacer el ridículo?

—Exactamente. Y porque desea estar fuera, al aire libre. No acepta ayuda, no se ayuda a sí mismo; simplemente se pasa las horas sentado, triste y caviloso, y bebe.

—Se tiene lástima —bufó Maud.

Saura asintió, conmovida por el verdadero tormento que detectaba en la voz de lord Peter, la ronca petición de ayuda.

—Está enredado en la autocompasión —dijo—. Sólo hay una cosa para curar eso, milord, y ésa es una rápida y brutal patada en el trasero.

—¡No puedo! Yo también estoy lisiado, lisiado por mi cariño al chico. —En reacción al movimiento de los cuerpos de las dos, que se inclinaron hacia él en actitud protectora, tartamudeó, incómodo por la emoción—: No os conozco, lady Saura, aparte de lo poco que he visto esta noche, pero veo que sois una mujer buena atrapada en una mala situación. Vuestro padrastro os mira con ojos lascivos, y es un hombre débil.

—Bastante rápido para llegar a esa conclusión —dijo Maud.

—Soy un guerrero. Hay ocasiones en que mi vida depende de mi juicio acerca del carácter de las personas y de las circunstancias. —La miró, y Maud le sostuvo la mirada y asintió—. Yo os puedo ayudar, y lo que voy a sugerir mitigará todas nuestras discordias. Os admiro. Admiro vuestra manera de manejaros, vuestra vida. Admiro vuestro ánimo, vuestro espíritu. Quiero que os vengáis a vivir conmigo. —Un gruñido de Maud lo interrumpió. Levantó una mano—. Paz, mujer. No la quiero por ningún motivo vil. Sólo para

que viva en mi castillo un tiempo. Ella podría ayudarme con William, decirme de qué forma ayudarlo, y tal vez podría ayudarlo ella misma.

—¿Y si tu William rechaza su ayuda, viejo tonto, qué haríamos? —dijo Maud, indignada—. Ese baboso hijoputa de abajo no nos permitiría volver.

—¿Qué sería peor? —dijo Saura, curvando los labios en un gesto de desdén—. ¿Morirnos de hambre en una tierra inhóspita o vivir bajo el techo de Theobald?

Lord Peter se frotó el mentón. El argumento de Maud era válido. Si Saura se marchaba de casa por libre voluntad y William no aceptaba nada de ella, ¿qué harían con ella? Un toque de humor le iluminó la cara.

—Yo podría tomar a Maud como amante y negarme a separarme de ella.

La mujer emitió un bufido.

—¿Siempre se expresa con tanto desdén? —le preguntó él a Saura, tocándole la mano con un dedo mimoso.

—Siempre. Es su manera de dar su opinión del mundo —contestó la joven, sonriéndole, divertida y pensativa al mismo tiempo—. Pero supongo que seríais bueno con Maud. No es tan vieja ni tan dura como querría haceros creer.

—Creí que tu señora esposa querría tu molleja en un plato —ladró Maud.

—Por tratos con una mujer joven. Y lady Saura es demasiado joven. Mi esposa me pintó un cuadro muy claro de un viejo chivo como yo con una niña. Pero si estuviera viva, que en paz descansa, te aprobaría, Maud. Créeme, tú y ella sois tal para cual.

Mirándolo indignada, Maud tomó bruscamente conciencia del guerrero que tenía delante. Tenía la piel de la cara manchada por haber estado demasiado expuesta al sol y con cicatrices de muchísimas batallas, pero su cuerpo de luchador era atractivo. Su pelo ya

algo ralo resplandecía de salud y sus ojos castaños la miraban sonrientes. Conservaba la mayor parte de sus dientes y los enseñaba todos al sonreírle travieso.

—Soy viudo. También lo es mi hijo, y su hijo aún no se ha casado; Kimball sólo tiene ocho años. Lo que tenemos es una casa de solteros y está hecha un sucio desastre. Tal vez, si no sois feliz aquí, lady Saura, podría convencerlos de venir conmigo a ser el ama de llaves del castillo Burke.

—¿Ama de llaves? —exclamó Saura.

Él se golpeó la rodilla, entusiasmado.

—¡Sí, eso es!, porque creo que William se va a negar a aceptar ayuda de vos. Sois ciega, y él no desea ser enseñado por alguien que comparte su experiencia, no desea reconocer su apurada situación. Ya se lo he sugerido. Además, sois demasiado joven, y sois mujer.

—No puedo ocultar que soy mujer —dijo Saura—, pero no hay ninguna necesidad de decirle mi edad.

—¿No decírselo? —dijo él, preocupado—. Nunca le he mentado.

—Pero ¿es necesario?

—Sí —concedió él, pasado un momento—. No le diremos que podéis enseñarle, al menos no al principio. Primero dejaremos que demostréis qué magnífica ama de casa sois. Podríais conseguir que ese maldito castillo se limpie y se ponga en mejor forma la cocina. Si no le decimos que sois ciega, él no lo sabrá, ¿verdad? ¿Cómo podría? Cuando ya llevéis algún tiempo ahí y él se haya acostumbrado a vos, podríamos decirle que sois una mujer dedicada a enseñar a los ciegos, una mujer de..., mmm, tal vez de unos cuarenta años, que ha tenido muchos alumnos y les ha enseñado todo. Él respeta la edad y la eficiencia. ¡Condenación! Creo que ésa es la solución.

—¿Y qué obtiene mi señora de eso, viejo tonto? —preguntó Maud—. Un montón de trabajo arduo, y todo por un hombre al que no conoce.

Lord Peter cambió de posición, repentinamente incómodo con la inclinación del arcón.

—En mi casa se respeta a las mujeres que viven en ella y no se las golpea sin motivo ni se las encierra en una mazmorra por pecadillos. Lord Theobald tiene una nueva esposa, la que algún día estará lo bastante versada para asumir el gobierno de la casa, lo deseéis o no cualquiera de las dos. Y Theobald no le tiene ningún cariño a lady Saura. Es muy fácil morir por enfermedad o accidente. ¿Habéis pensado en eso alguna vez?

Dándole un primer atisbo del valor y la energía que se ocultaba bajo su exterior apacible, Saura levantó las manos y dio una palmada, impaciente.

—No soy tan idiota que no se me haya ocurrido nunca pensar en cómo me afectaría una caída por los peldaños de piedra. Pero tengo mi salvación, por escasa que sea. Mi madre enseñó a mis hermanastros a protegerme, y lo han hecho, estando muy vigilantes.

Maud curvó la boca con las comisuras hacia abajo y la miró.

—Sí, milady, pero a John lo han enviado a educarse en la casa de otro señor y Clare sólo tiene siete años y no sirve de mucha protección.

—Rollo...

—Rollo es el heredero de tu padrastro y es un hombre bueno que te quiere y se preocupa por ti, pero acaba de casarse y se está entrenando para ser armado caballero. Administra las tierras de tu madre. Está tan ocupado que si te ocurriera algo tardaría un mes en enterarse. O más. Evita a lord Theobald todo lo posible. Y Dudley está estudiando para cura. Después de Clare, sólo está Blaise, y tiene cuatro años. Está apegado a tu nueva madrastra, y las enseñanzas de tu querida madre no son útiles para él.

—Di tu argumento, Maud —dijo Saura, sarcástica.

—Milady, ¿es que no te das cuenta? Tus hermanos no son... —la miró acusadora—: Me estás tomando el pelo.

—Es que retuerces un poco el cuchillo en la herida, querida mía. Hemos evitado hablar de mi inminente muerte por un motivo. No había opciones. Ahora lord Peter me ofrece una alternativa a esta desdichada existencia y, sin razonar, mi reacción es cogerla con las dos manos. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no salgo fuera de las murallas de este pequeño castillo? Las estaciones pasan y yo languidezco aquí, pagando con el dinero de mis tierras el privilegio de gobernar la casa para un borracho. De todos modos, dudo de que se pueda convencer a mi padrastro.

—Sí —convino Maud—. Theobald no le permitirá marcharse, por pura inquina.

—Permitidme que yo hable con vuestro padrastro —dijo lord Peter, sonriendo por adelantado—. Soy un hombre rico, un hombre poderoso. Me hará caso de una u otra manera. Si no es capaz de ver que una conexión con mi familia le daría más importancia, tal vez la amenaza de un asedio en verano le devuelva la sensatez.

Maud se rió fuerte.

—Eso hará entrar en razón al gamberro.

—Ojalá pudiera oír eso —dijo Saura—. Bueno, si lográis convencer a Theobald, y la seria y prudente Maud opina que debo ir, pues iré.

—Ah, milady —dijo la mujer con un toque de humor—, no ha sido idea mía que nos vayamos con este amable señor sin tener recomendaciones. Averiguaré la reputación de lord Peter entre sus criados.

Saura le cogió el brazo a Maud y deslizó la mano hacia abajo hasta encontrarle la mano. Lord Peter observó con qué elegancia le levantaba la nudosa mano a la criada y se la besaba con cariño.

Eso era lo que deseaba para su hijo. Esa soltura de movimientos, esa capacidad para juzgar sus limitaciones y adaptarse. Tenía que venir con él. Tenía que venir. William estaba desesperado, sucio y hundido; necesitaba orientación, y esa experta chica era la que debía guiarlo. Decidió apuntalar las defensas.

—Os daré el aposento de mi esposa, una habitación privada con un enorme hogar. Tenemos encendidos los fuegos día y noche. Burke está cerca de la costa, y tengo muchos codos de tela de Francia que compramos para la difunta esposa de William, Anne. Serán para vos.

—No es necesario el soborno, lord Peter.

—Nos convendrá llevar a Alden también, lord Peter —interrumpió Maud firmemente—. Es el criado personal de Saura y lo fue antes de su madre.

—Como quieras —dijo lord Peter, asintiendo a su aliada—. Mi casa está a tres jornadas a caballo, y la capa de nieve es espesa, pero con gusto compraría una carreta.

Saura hizo un mal gesto.

—Puedo cabalgar, señor, si alguien guía a mi caballo con una cuerda de tiro, y os aseguro que prefiero el movimiento de un caballo a los duros saltos de una carreta.

Lord Peter se levantó.

—Iré a ocuparme de ambas cosas inmediatamente.

—Esperad —exclamó Saura, levantando la mano—. La nieve está muy espesa.

—Vestíos con ropa muy abrigada y haced vuestro equipaje con todas vuestras cosas, lady Saura. Tan pronto como deje de nevar debo partir. Burke es mi principal castillo, más fuerte que los demás, pero aun así me preocupa William, solo ahí en la oscuridad. Está impotente de una manera que no os podéis imaginar, todavía lleno de fuerza y resolución, pero incapaz de encontrar una manera de proceder.

—¿Deseáis que le tenga lástima, milord?

—Sí, compadecedlo. Siempre ha sido claro y franco, todo él risas cordiales y ruidosos ataques de furia. Ahora sus ataques de furia son implacables y dirigidos a él, y su risa ha desaparecido. Por favor, lady Saura. —Le cogió la mano en las suyas temblorosas y le pasó

los dedos callosos por su fría piel—. Venid, por favor. Sé que mi William está en alguna parte, enterrado debajo de la montaña de rabia y repugnancia. Mi hijo sigue ahí, pero perdido. Por favor, ayúdame a encontrarlo.

Conmovida por su súplica y su inesperada elocuencia, Saura desechó sus dudas. Suspirando, se pasó la mano por la frente y asintió.

—Pensaré y haré mi equipaje. Vuestra situación no puede ser peor que la mía aquí y tal vez pueda ayudar a vuestro hijo. Sin duda puedo poner en orden vuestra casa, con la ayuda de mi buena mano derecha, Maud. Ved qué podéis hacer, milord. Ved si lográis convencer a lord Theobald de dejarme marchar y desearme buena suerte.

—¿Qué es ese olor, Maud?

—No lo sé, milady, pero tengo mis sospechas. —Avanzó por encima de las esteras que cubrían el suelo y con sumo cuidado levantó una con la punta del zapato—. Esteras podridas, supongo, y sólo Dios sabe qué hay debajo.

—Bueno, yo sí sé qué hay —dijo Saura, apretándose la nariz con los dedos—. No necesito que el Todopoderoso me lo diga. ¿Ésta es la sala grande?

—Si quieres llamarla así. La hospitalidad no es el punto fuerte en el castillo de lord Peter.

Como para desmentir sus palabras, dos perros gigantescos se acercaron saltando, ladrando una entusiasta bienvenida. Maud los golpeó con la palma abierta.

—Atrás, señores.

Uno de los perros se alejó, pero el otro se quedó oliscando la falda de Saura como si fuera un hueso con carne.

—¡Apártate, perro! —exclamó Maud, golpeando las palmas ante el animal.

Un ronco gruñido la hizo retroceder.

Tranquilamente, Saura alargó la mano y dejó que el perro se la oliera.

—Milady, ese animal torpe te va a arrancar la mano.

—Tonterías.

El perro le tomó el sabor con una delicada lamida y luego intentó poner la cabeza debajo de su mano. Cuando ella empezó a rascarle alrededor de las orejas, el perro se estremeció de placer.

Maud se echó a reír, divertida a su pesar.

—Si pudieras verlo, milady. Tiene una boba expresión de placer en su arrugada cara.

Chasqueando los dedos, Saura le ordenó al perro que se pusiera detrás de ella y éste obedeció con todo el entusiasmo de un leal servidor. Entonces le colocó una mano en el hombro a Maud y le preguntó:

—¿Esta casa se ve tan mal como suena?

—No voy a cerrar los ojos para descubrir cómo suena, gracias. Pensaba que Theobald alimentaba a un grupo de gente ruda, pero parece que nadie está al mando aquí. Hemos llegado justo a tiempo, milady. Se están aprovechando de lord Peter.

El ruido de fuertes pisadas las interrumpió.

—¿Encontráis vuestro camino, lady Saura? —preguntó lord Peter cordialmente—. Venid a poneros junto al fuego. Estáis chochoreando de nieve y tiritando de frío. Espero que ésta sea la última nevada antes de la primavera.

—No sé si habría tenido el valor de venir, milord, si hubiera sabido en qué estado se encontraban los caminos —lo informó Saura.

—Un estado lamentable, ¿verdad? Desde el derrumbe del gobierno no han hecho nada para mejorarlos, y antes ya no estaban muy bien. ¿Sirvió la carreta?

Maud expresó su disgusto, exasperada:

— Incómodo trayecto por caminos llenos de surcos la mayor parte del tiempo.

— ¿La mayor parte?

— Sí, a menudo se quedaba atascada en la nieve y el barro y teníamos que bajarnos para que los caballos la sacaran. ¿Qué clase de loco no hace caso de las señales y sale con esa tempestad?

— Deberías agradecer que lo hiciera. — Eso silenció a Maud, y continuó —: Si no hubiera sido por la tormenta, sin duda nos habrían asaltado bandoleros. Ése es otro precio que tenemos que pagar por el desorden que nos gobierna.

— Lord Peter, vas a asustar a milady — ladró Maud.

— Condenación, tienes razón. No quiero que salga huyendo ahora que ha tenido un atisbo, o le ha tomado el olor, a la suciedad en que la hemos metido. La casa se ve peor aún que cuando me marché.

Le cogió el codo a Saura, pero ella se soltó suavemente.

— Permitidme que yo me apoye en vos, por favor — le dijo, poniendo la mano en la curva de su codo —. Es más eficaz.

— ¡Abuelo!

El grito resonó en las paredes de la sala llena de humo, y un niño alto llegó hasta ellos tropezándose en las esteras debido a su entusiasmo.

— ¡Abuelo, has vuelto por fin! Estábamos preocupados.

— Kimball, supongo que no habrás estado preocupado por un viejo guerrero como yo, ¿verdad? — Se inclinó a abrazar al sonriente niño —. Sólo he estado ausente tres semanas. Y has crecido desde que me marché.

— Dices eso cada vez que vuelves, pero no es posible que crezca todo el tiempo. Pero sí se me cayó otro diente, ¿ves? — Abrió la boca para enseñar el hueco, y continuó en voz baja —: No estaba preocupado, de verdad que no. Pero cuando comenzó a nevar mi padre empezó a inquietarse. Decía que el frío hace que te duelan las articulaciones y que él debería estar recorriendo las propieda-

des, y cuando pasaron los días y tú no volvías... —Miró a las dos damas desconocidas y terminó, algo desconcertado—: Bueno, ya sabes.

—Lo sé. —Lord Peter le puso una mano en el hombro con gesto solemne—. Gracias por estar atento a tu padre.

—De nada, señor, pero ¿quién es ése? —preguntó, apuntando con un dedo al niño de siete años que venía entrando por la puerta seguido por un criado.

Lord Peter se giró a mirar y vio al desdichado grupo de Pertra-de, todos encogidos, sin atreverse a acercarse al hogar si no se los invitaba.

—Buen Dios, lady Saura, perdonadme. Afirmaos en mi brazo —Le ofreció el codo otra vez—. Permitidme que os lleve hasta el hogar. Kimball, ella es lady Saura. Ha venido a ser nuestra ama de llaves. Es una prima lejana de tu abuela. Ese niño es Clare, hermanastro de lady Saura. Lo he traído para educarlo. ¿Lo vas a hacer sentirse bienvenido, Kimball?

—Por supuesto, señor. Es un honor conoceros, lady Saura —dijo el niño, inclinándose por la cintura—. Espero que seáis feliz en nuestra casa.

Obedientemente, Kimball se quedó atrás con Clare, y Saura lo oyó decirle a su hermano:

—Muchas gracias por venir. Mi abuelo es un hombre muy popular para formar guerreros y siempre he tenido niños con quienes pelear. Pero desde el problema de mi padre todos mis amigos se han marchado. —Hizo un teatral gesto de pena, y continuó—: Me has salvado del aburrimiento.

—El nieto es tan agradable y cortés como su abuelo —comentó Saura.

—Espero que eso sea un cumplido —dijo lord Peter riendo, y ella también se rió.

—Ésa ha sido mi intención, por supuesto.